

sociales. Campechanamente nos obliga a admirar los detalles arquitectónicos de las chozas de paja.

—Este es un palacio del género romano, con columnas y frisos—nos dice al llegar a una casita sostenida por seis troncos de pino.

Luego nos va leyendo los rótulos de las construcciones, pintados con betún en tablas blancas:

—La Taberna de la Olimpia... El Reposo semanal... La Pulga que mama... El Monasterio de mármol... Villa Argelia... Villa Lutecia... Villa del Piojo que duerme... Châlet de la Fraternidad... Moulin Rouge...

El veterano exclama con orgullo:

—De todo hay, señores: cantinas, comedores, teatros, bailes, hasta redacciones de periódicos... Sí, señores... Tenemos dos diarios, así, como suena, uno grave y doctrinario, escrito por el cabo Mayal, que es cura en la vida ordinaria, y otro alegre y satírico, en el que todo el mundo tiene derecho a colaborar una vez al mes... Siento que la edición de hoy esté agotada... El del cura tira seis ejemplares, y el otro hasta veinte, que se reparten en las cantinas... Pero el cura tiene tan mala letra, que no hay medio de leer sus artículos...

A nuestro derredor, los soldados ríen alegremente celebrando la charla del sargento.

De pronto, un repique de cacerolas hace exclamar a nuestro guía:

—Va a comenzar la función, señores; el teatro abre sus puertas... Apresuremos el paso...

Detrás de la aldea nos encontramos con una barraca de ramas de pino, en la cual un titiritero hábil ha organizado su tinglado. Los muñecos que aparecen no son tan elegantes como los del Guiñol de los Campos Eliseos. Pero la obra que representa tiene para nosotros un interés grandísimo. Se trata nada menos que de la tragedia que pone fin a la guerra. Título: *El último suspiro de Guillermo*. La acción se desarrolla en Alemania,

en el castillo de Postdam. En el primer acto, Polichinela y Guiñol se ponen de acuerdo para salvar a Europa de los horrores de la guerra. «Los horrores—dice Polichinela—no es lo que se figura el señor farmacéutico de lentes negros, no, ni menos aún lo que hace estremecerse a la señora Francisca, no, no, no; sino la calma con que los bochs se han enterrado en sus zanjas como conejos para eternizar la campaña y no disparar un solo tiro.» Guiñol, por su parte, asegura que si se tratara de montar a caballo y de lanzarse sable en mano a luchar en pleno campo, no pensaría en que se acabase la guerra. «Pero tal cual es—agrega—, hay que ponerle fin.» Y dándose el brazo, los dos compadres toman el camino de Alemania. En el segundo acto, los dos compadres están en la frontera, y para penetrar en territorio enemigo comienzan por aprender alemán. «Bien lo sabes—dice Polichinela—, hay que decir todas las consonantes juntas sin una sola vocal, haciendo un ruido terrible con la boca, así: Krdjvrnkmrsssdnggskk..., sobre todo las k..., hay que poner muchas k...» Ya en posesión del idioma, lo del traje no es nada. Guiñol mata a los dos centinelas que se encuentran guardando la puerta principal de Aquisgrán, y les quita sus capotes, sus cascos y sus fusiles. «Ahora—exclama—, a Berlín.» En el tercer acto, que es el último, nos encontramos, según lo indica una voz misteriosa, en el salón del trono del castillo de Postdam. Dos soldados, erguidos y rígidos, montan la guardia a uno y otro lado de la estancia. «Guiñol», murmura uno. «¿Qué quieres?», contesta el otro. «¿Estás bien enterado, Guiñol?» «Sí, Polichinela, sí; pierde cuidado...; en cuanto venga solo, no se nos escapa.» Los dos muñecos tienen un aspecto grave y lúgubre. Por más que quieren estarse quietos, todo en sus cuerpos flacos tiembla. «Alerta», dice de pronto Guiñol. «Alerta», repite Polichinela. Entonces penetra en la estancia un personaje soberbio y siniestro, cuyos

28  
211



mostachos enhiestos le suben hasta los ojos. Polichinela y Guiñol se precipitan contra él, y quitándose los cascos y los capotes, aparecen vestidos de soldados franceses. «¡En nombre de la Ley—gritan—te hacemos prisionero, emperador Guillermo.» El Emperador quiere llamar a sus guardias, pero Polichinela le tapa ruidosamente la boca; Guiñol saca del bolsillo un papel, y presentándolo al hombre de los bigotes, exclama: «Es tu abdicación... Firma, o te mato... Esta noche la República germánica será proclamada y la paz europea no se hará esperar... Si no firmas, prepárate a morir...» El Emperador suspira y firma. En el fondo del escenario minúsculo una voz entona *La Marsellesa* imitando los clarines y los tambores. Tá-rá-tá-tá-rá-rá-rá... A nuestro derredor, mil aplausos estallan entre risas infantiles y comentarios deliciosos.

—Si yo hubiese estado en lugar de Guiñol—dice uno—, no me habría contentado con hacerlo firmar... Le hubiera metido la bayoneta...

—Puesto que estaba desarmado, ¡cómo lo ibas a matar!—observa otro.

El sargento que nos guía entre los *pioupiou*s exaltados y divertidos, nos dice con un tono cyranesco y bonachón:

—¿Han oído ustedes hablar de la compañía de los audaces? Está formada por gente del Mediodía... Aunque cuando digo que está... Porque ahora ya no quedan sino unos cuantos supervivientes de los doscientos que la componían... Yo soy uno de ellos... Yo debo tener algún pecado muy grande que purgar en este mundo, pues las balas y los obuses en cuanto me ven se alejan... La noche en que la pobre compañía operó por última vez, creí, no obstante, que yo también me iba a quedar en el campo bajo las estrellas... El capitán había notado que, a ochenta pasos de nuestras trincheras, los alemanes habían logrado hacer en una noche un alambrado

terrible, que los ponía al abrigo de cualquier ataque, y les permitía cazarnos como conejos apenas sacábamos las narices fuera de nuestras madrigueras. «¡Qué diablo!—dijo un teniente—, lo que ellos han hecho en una noche, nosotros lo desharemos en otra noche.» En el acto convinimos en que la compañía entera, armada de tenazas, se ocuparía aquella misma noche en la labor gloriosa de cortar alambres... A las once en punto, cuando el campo parecía dormido, los doscientos compañeros nos encaminamos arrastrándonos como lagartos hasta los parapetos, que estaban a veinte pasos del enemigo. «No hay que hablar, no hay que toser, no hay ni que respirar fuerte siquiera», nos había dicho el capitán. Al cabo de una hora de arrastrarnos, llegamos. ¡Lo contento que estábamos todos, figurándonos que no habíamos sido vistos!... Pero apenas estuvimos junto al alambrado, un enorme reflector eléctrico nos iluminó como en pleno día... Y, ¡pin, pan!, las ametralladoras comenzaron a saludarnos... «¡Es inútil retroceder!», gritó el capitán. «Cortemos las alambradas y muramos siendo, por lo menos, útiles... Hay que decir que la mayor parte no teníamos ni fusiles... No teníamos más que tenazas... ¡Cortemos!», clamaron todos... Y bajo la lluvia de balas, la labor comenzó... Mis pobres compañeros caían en racimos... Para animarnos, un teniente de Marsella se puso a cantar un canto provenzal... «¡Aquellos *montagnos*..., que tan altos son!...» Todos le hacíamos coro... Era un concierto... «¡Aquellos *montagnos*!...» A cada instante había muchos que no acababan la copla... Nunca he visto morir tanta gente... Los *bochs* nos gritaban: «¡Rendíos!» Los que tenían fusiles les contestaban a tiros... ¡Rendirse los audaces!... El capitán nos dijo: «Podéis rendiros si queréis, pero yo me pego un tiro antes...» No tuvo necesidad... Una bala alemana lo acostó en el suelo... «¡Adelante!», gritaba el teniente de Marsella, que era un mozo gigante, cuya voz



oíase a dos kilómetros. «¡Adelante, adelante con el trabajo; hay que cortar!» Y luego continuaba cantando: «¡Aquellos *montagnos*, que tan altos son!...» Pero a medida que transcurrían los minutos, el coro disminuía... Cuando todos los alambres estuvieron cortados, recibimos la orden de regresar a nuestra trinchera arrastrándonos y sin cantar... El cañón enemigo nos seguía, guiado por el maldito reflector, y nuestros pobres compañeros iban quedándose en el camino... Al llegar..., ¿sabe usted cuántos quedábamos vivos?... Cuarenta... Sí, señor, de doscientos que salimos...

El sargento enciende su pipa, aspirando largamente, y, con desdén, lanza, entre una nube de humo, estas palabras:

—Cuarenta que valen por mil...

En seguida, encarándose con uno de nosotros que parece muy joven, nuestro amigo Sims, de la Prensa Asociada de Nueva York, le pregunta:

—¿Sabe usted cuál es el mayor peligro en la guerra?

—No—le contesta el americano.

—Pues la juventud...; sí, señor, la juventud... No sé por qué, pero las balas son como las mujeres, y buscan a los muchachos con una preferencia muy marcada... Ya usted ve: yo soy un viejo *bougre*, de pelos blancos... ¡Cuarenta años..., y cuarenta años en Africa, que cuentan doble!... Bueno; pues a mí no hay bala que se me acerque... Los otros treinta y nueve de nuestra compañía que se salvaron, también son todos viejos..., viejos de treinta años para arriba... Los de veinte..., amolados...; sí, señor..., amolados...

Y volviéndose hacia los *pioupious* que nos rodean, entre los cuales los hay muy jóvenes y también ya maduros, pregunta:

—¿No es verdad, peludos?...

¡Peludos!... Es el nombre que se dan entre sí los guerreros franceses. Desde Joffre hasta el último recluta

## CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

no hay uno sólo que no sea un *peludo*. Y hay que ver el orgullo con que uno exclama: «¡Yo soy un peludo!»; y hay que notar el entusiasmo con que otros, hablando de un general famoso, murmura: «¡Ese sí que es un peludo!...» Porque en el término *peludo* está compendiada la gama entera de las virtudes militares, con todo su heroísmo, todos sus sacrificios, todo su buen humor y todas sus miserias. Viendo pasar un batallón andrajoso, sucio e hirsuto, que vuelve del fuego cantando una marcha grosera y expresiva, Dumont Wilden escribe: «Entre esos hombres los hay de todas clases: los hay que son campesinos, de manos callosas, de rostros cándidos; los hay que hace seis meses vestían de frac y asistían a los estrenos parisienses; los hay que son intelectuales vanidosos y delicados. Ahora los unos y los otros y todos, no forman más que una masa, la masa gloriosa de los peludos de Francia.» ¡Los peludos! A decir verdad, yo no sé ni de dónde ha salido esta palabreja ni quién la ha inventado. Pero la repito con gusto, porque le encuentro un sabor áspero y alegre, en el cual la broma se mezcla a la epopeya, y que hace pensar en los motes que se daban a sí mismos los voluntarios de Bonaparte...

Sí, no hay duda: todo el pasado magnífico del país, con su risa y su bravura, con sus nobles gestos caballerescos y con su gentileza sonora, revive en estos campamentos de la Lorena, donde los *pioupious* viven cantando al son del cañón... *Vive le son...*, *vive le son!*... Y por más que uno haya oído historias de antaño y de engaño, no puede dejar de admirarse de tanta sencillez en medio de tanta grandeza, de tanta modestia unida a tanta jactancia, y, por encima de todo, de la bondad, de la claridad, de la sublimidad de esta raza, que sabe pelear sin saña y morir sin tristeza.

Una de las cosas que más asombro causan en el ánimo de mis compañeros, acostumbrados a dar una gran importancia a los discursos políticos y a los editoriales de la



Prensa, es no encontrar en los campos de batalla un eco de los rencores parisienses contra Alemania o, mejor dicho, contra los alemanes. Fuera de Guillermo y del Kronprinz, a quienes todos hacen responsables de la guerra y de sus atrocidades, el *pioupiou* francés no detesta a nadie en las líneas enemigas. Sin duda, cuando le hablan de aldeas incendiadas, exáltase hasta decir: «¡Ya veréis lo que haremos nosotros en vuestra Alemania cuando entremos!...» Pero esto no dura sino un instante. En seguida cualquier pena lo entiernece, cualquier hazaña lo entusiasma. Entre todos los soldados a quienes les hemos hablado del guerrero germánico, no hay uno solo que no nos haya contestado:

—¡Es admirable!

Y muchos de ellos, con complacencia, nos han referido anécdotas personales que demuestran el desprecio de la muerte con que los súbditos del Káiser luchan.

Yo pienso, oyendo a los *pioupiou*s, en las líneas, bellas como hemistiquios, que Maurice Barrés consagra al heroísmo de los que sucumbieron en las márgenes del Iser tratando de apoderarse de la ruta de Calais. «¡Oh—exclama el poeta—, esos bellos reclutas enemigos, embriagados de cantos guerreros y de ambiciones nacionales, cómo avanzan en formaciones profundas, codo contra codo, el alma en delirio! Granadas, metralla y tiros abren brechas en sus filas segándolas cual compactas espigas. No importa. Ellos se forman de nuevo, vuelven al ataque, sucumben. Y otros y otros reemplazan a los que caen, siempre dispuestos al sacrificio.»

Con menos lirismo, pero no con menos entusiasmo, los oficiales y los soldados que nos atienden en el campamento, nos dicen lo mismo. Uno de los más jóvenes tenientes de Artillería, un adolescente de ojos azules y de boca de mujer, murmura, refiriéndose a un combate en el cual un regimiento de la Guardia prusiana tra-

taba de apoderarse de un puente defendido por dos baterías del 75:

—Daba lástima verlos caer en masas, graves y solemnes como si celebrasen un rito... Yo, desde el fondo de mi alma rogaba a Dios por ellos... ¡Qué tropas!...

Uno de nosotros, que ha oído hablar de la facilidad con que los alemanes se dejan hacer prisioneros en las inmediaciones de Verdun, pregunta a los oficiales franceses:

—¿Cómo se explican ustedes que siendo tan heroicos en masa, no resistan al ser sorprendidos?

—Las razones de esta aparente contradicción—nos contesta un capitán—se encuentran en el modo de comprender y de aplicar la disciplina... Sí..., aunque parezca una paradoja, en cierta manera la disciplina es la mayor debilidad del ejército alemán... En su exceso de pasiva obediencia, el soldado, el prusiano sobre todo, llega a perder la noción de su individualidad. En un encuentro de patrullas, por ejemplo, si el oficial francés muere, cualquier soldado lo reemplaza y la pelea continúa. En cambio, cuando es el oficial alemán el que sucumbe, sus hombres, que hasta entonces han combatido como leones, se encuentran de pronto desconcertados y no saben qué hacer, ni qué pensar. Cada alemán es una rueda admirable de una máquina perfecta: si falta la rueda directriz, el mecanismo entero se para. Los franceses tienen su personalidad propia, sus ideas, sus vanidades, todo lo que constituye un ser completo, en suma. Que esto ofrezca también sus inconvenientes, nadie lo duda. Con soldados como los nuestros, una guerra impopular sería imposible. Desde el último *pioupiou* hasta el más sabio capitán de Estado Mayor, todos tienen que juzgar y que criticar. En Alemania no pasa lo mismo; las tropas, aunque no tengan la menor idea de las causas de una guerra, marchan al paso de parada y no se detienen mientras hay jefes que las manden... En suma: el ale-



mán es un soldado de ciencia, mientras el francés es un soldado de inspiración... ¿Cuál de los dos es el mejor? Eso no lo sabrá nadie nunca... Hasta hace poco el mundo entero era, en cuestiones militares, germanófilo... Antes de 1870 todos eran francófilos... Después de la guerra actual, Dios sabe... El vencedor tendrá siempre más prestigio que el vencido...

Es cierto. Mañana, cuando de todo lo que hoy pasa no quede sino la noción sintética de un vencedor y un vencido, los esfuerzos más sublimes y los más bellos heroísmos de los que no logren ser victoriosos, caerán en el olvido. Pero lo que la Historia no dejará nunca de recordar, pase lo que pase, es el ardor, el entusiasmo y la alegría con que el pueblo francés entero, sin distinción de partido, ha corrido hacia los campos de batalla para hacer, de un país antes dividido por ideales opuestos y por prejuicios hostiles, la más compacta masa humana.

El periodista japonés a quien yo he citado, escribe, refiriéndose a esta magnífica democracia militar, tan diferente de la jerarquía germánica: «El otro día, cerca de Châlons, en un vivac, encontré con un profesor de la Sorbona muy célebre en París en los salones elegantes y que ahora es simple soldado. Aquel sabio no ha perdido su finura de maneras, pero cuando yo le vi iba cantando una canción de esas que por su grosería harían las delicias de un cochero. Unos cuantos meses de campaña habían bastado para despertar en él los instintos del soldado, que palpitan en el fondo de todos los corazones franceses, aun de los más pacíficos y suaves. También he visto a algunos diplomáticos, a algunos banqueros, a algunos actores y a algunos sacerdotes, todos, todos, animados por el mismo espíritu exclusivamente militar, y tan alejados de lo que eran antes, que nadie los reconocería a primera vista. Esta unión, esta uniformidad familiar y fraternal, no existe sólo entre iguales,

sino entre superiores e inferiores. Esto es lo que más nos llama la atención a los extranjeros. Los subordinados respetan con gusto la autoridad de los oficiales, porque no ven en la obediencia ninguna jerarquía social, sino únicamente una jerarquía de estudios y de competencia. Gracias a esta noción del grado, la autoridad se combina con la camaradería sin que la disciplina sufra en lo más mínimo. En Alemania no pasa ni puede pasar lo propio. El oficial alemán pertenece a una casta superior, que en ninguna circunstancia consiente en fraternizar con los simples soldados. En Francia un capitán o un teniente es muy capaz de dormir en la paja en medio de sus hombres, y muy a menudo bebe en la misma botella en que beben los soldados. Un teniente prusiano se creería deshonrado si tuviera que hacer lo propio. De aquí, sin duda, se deriva en parte la gravedad sombría del ejército alemán y el buen humor ruidoso y campechano del francés.»

Estas observaciones del periodista japonés, todos las hacemos apenas nos hallamos en contacto con los soldados de Joffre. Más que un ejército, son una formidable familia que ha tomado las armas para defender el hogar común. El generalísimo inspira veneración, pero no temor, y los reclutas lo llaman «abuelo» alegremente. El que manda no es superior sino dentro del servicio. La disciplina, la terrible disciplina, matadora de voluntades en otras partes; la disciplina, que para los alemanes es de hierro, aquí parece de seda. Con tal que en el combate todo sea impecable, que el trabajo resulte fecundo, lo demás no importa. ¡Que canten los buenos *pioupiou*, que canten como pájaros, que se diviertan como locos, que bromeen como niños!... Mientras mejor humor tengan, mejor sabrán morir. Mientras más traviesos sean, más alientos tendrán en el combate.

Hace pocos días el *Figaro* publicaba una carta de un sargento de Artillería que debe de haber llenado de



indignación el alma sería, respetuosa y subordinada de los militares prusianos. «Como no hay nada más fastidioso que el estar al lado de un teléfono mudo—decía aquel sargento—, los zapadores han inventado una distracción, de la cual yo también me aprovecho cuando estoy de guardia en el puesto avanzado. Cuando llega la noche y no hay observaciones que comunicar a las baterías, las líneas telefónicas de las avanzadas se reposan... en principio. Digo en principio, porque entonces nosotros nos ponemos al habla con los demás observadores y con los postes del campamento, y nos cantamos los unos a los otros las canciones de nuestros personales repertorios. Los teléfonos se convierten en teatrónes. En el gabinete del general, el plantón entona tirolesas admirables; en la brigada hay un payaso que habla como Footitt; en el parque de aerostación, un contador de cuentos picantes que hace reír; en el local del coronel, un bombero canta como un gallo, ladra, rebuzna y relincha de un modo impecable... Y así se pasan las horas desocupadas en que casi todos los cañones duermen. De vez en cuando una granada interrumpe una voz. Esa voz ya no volvemos a oírla nunca más. Pero los que quedan no dejan por eso de reír y de cantar. La muerte, en el fondo, no asusta ya a nadie ni entristece a nadie.» ¿Qué hubieran dicho de estas ingenuas confesiones hace apenas seis meses los admiradores exclusivistas de la disciplina prusiana? Hubieran probablemente hablado de la decadencia de la raza y del espíritu de indisciplina.

Hoy ya todos saben que eso y mucho más no es sino la gentil manifestación de la alegría francesa, hija de la alegría ateniense.

Los que sólo conocen París y su perpetua fiebre y sus perpetuas crispaciones, no tienen la menor idea de lo que es la alegría francesa, ingenua, sonora, picaresca, galante, fresca, parlara, sana y robusta. «Risa gala»,

dicen los extranjeros. Yo prefiero evocar la risa griega, franca, fina y llena de matices delicados, que sorprenden en el pueblo, y que sorprenden todavía más en el pueblo armado y guerrero. «Estos hombres—escribía con un poco de mal humor el viejo Aristófanes, hablando de los soldados de su época—tienen tendencias a no ver la existencia sino como una partida de placer.» De los soldados de Joffre podría decirse lo mismo. Los alemanes los acusan de ligeros, de superficiales, de irrespetuosos. Desde su punto de vista, llevan razón los alemanes. Cada pueblo tiene los defectos necesarios a sus virtudes. Sin esa ligereza superficial, ¿cómo podría la Francia de hoy y de siempre soportar las grandes desgracias que el Destino la ha hecho sufrir? Riendo y cantando ha conseguido atravesar los más tristes años de su historia. Cantando y riendo ha llegado a salvarse siempre de la postración en que los pueblos graves, como España, como Turquía, caen en cuanto se sienten abatidos. ¡Ah! ¡Si no hubiera tenido su risa la pobre Francia de 1870!... Pero los que no ven lo que hay de profundo, de serio, de casi religioso, bajo esta ligereza, no conocen el alma del país. Ir a la muerte cantando y bromeando, es santificar la frivolidad. ¿Dónde hay en el mundo guerreros como los de esta raza, a no ser en las crónicas épicas de Grecia? Otros pueblos han luchado por interés, por amor de la independencia, por vanidad sagrada. Sólo Francia ha luchado por simple deseo de luchar, por pura voluptuosidad de peligro, por noble placer de sacrificio. Buscad la razón de las más brillantes batallas de la antigua Francia, y no siempre la encontraréis. Pero, en cambio, encontraréis siempre, aun en los instantes de desastre, la misma caballeresca gentileza y la misma alegría heroica. Contemplad una colección de retratos de héroes europeos, de héroes ingleses, de héroes alemanes, de héroes españoles, de héroes franceses. Todos ellos os inspirarán igual respeto. En



todos ellos hallaréis un igual aspecto de fuerza y de esfuerzos sobrehumanos. «Son de una misma familia», pensaréis. Pero examinando mejor sus rostros, notaréis, luego, que sólo en los franceses existe la sonrisa. Y esto, que no parece nada a los que estudian de un modo técnico las guerras, es lo que, a través de los siglos, da a la historia de Francia su brillo ligero y discreto, únicamente comparable con el de la leyenda ateniense.

FIN

NOTA. Las fechas que llevan los capítulos corresponden a las de su publicación en *El Liberal*, de Madrid, unos, y otros en *La Nación*, de Buenos Aires.

ÍNDICE

|   | Páginas |
|---|---------|
| DEDICATORIA.....  | 5       |
| PRÓLOGO.....  | 7       |
| De París a Esternay.....  | 15      |
| Los alemanes en Montmirail.....                                   | 21      |
| Los recuerdos de la Ferté Gaucher.—Después de la<br>invasión..... | 29      |
| En los campos de Meaux.....                                       | 35      |
| Las ruinas y los horrores de Senlis.....                          | 43      |
| Los alemanes en Coulommiers.....                                  | 55      |
| Los campos de ruinas del Marne.....                               | 64      |
| Los alemanes en Champañópolis.....                                | 73      |
| Bajo las bombas de Reims.....                                     | 82      |
| Visiones que ríen y visiones que lloran.....                      | 97      |
| El cementerio de la Lorena.....                                   | 108     |
| El campo de batalla de Verdun.....                                | 124     |
| Un combate de artillería en el bosque.....                        | 140     |
| Los prisioneros alemanes.....                                     | 150     |
| En las trincheras.....  | 161     |
| Las ruinas de Clermont del Argona.....                            | 179     |
| Las fortalezas de Toul.....                                       | 186     |
| Nancy.....  | 197     |
| En el campo de batalla de Nancy.....                              | 214     |
| El alma indomable de la Lorena.....                               | 221     |
| Ante la torre de Metz.....  | 229     |
| Los alpinos en los Vosgos.....                                    | 236     |
| Los alemanes en Luneville.....                                    | 243     |
| En Pont-à-Mousson, la bombardeada.....                            | 254     |
| El soldado francés.....   | 264     |